

Fue el 2 de febrero de 1594 que la Santísima Virgen se apareció por primera vez a la joven abadesa.

La madre Mariana, con la frente en tierra, con lágrimas y suspiros, suplicaba a la Divina Majestad remedio para los muchos males que afligían aquella floreciente cristiandad y su convento.

Oyó entonces una voz celestial que la llamaba por su nombre. Vio frente a ella a Nuestra Señora refulgiendo en medio de una inmensa claridad. Traía al Niño Jesús en el brazo izquierdo, y un báculo de oro en la mano derecha.

— *“Soy María del Buen Suceso, Reina de los Cielos y de la Tierra”, le dijo la Madre de Dios. “Tus oraciones, lágrimas y penitencias son muy agradables a nuestro Padre celestial [...] Ahora quiero que esfuerces tu corazón y que no te abata el sufrimiento: larga será tu vida para gloria de Dios y de tu Madre que te habla. Mi Hijo Santísimo te regala el dolor en todas sus formas; y, para infundirte el valor que necesitas, tómale de mis brazos en los tuyos”.*

Al recibir al Niño Jesús en sus brazos, sintió el mayor deseo de sufrir y de consumirse como víctima para aplacar la Justicia Divina, si fuera posible, hasta el fin del mundo.

En la segunda aparición, el 16 de enero de 1599, la Santísima Virgen le dio a conocer diversos hechos futuros. Al despedirse de la madre Mariana de Jesús, Nuestra Señora le manifestó:

“Es voluntad de mi Hijo Santísimo que tú misma mandes a trabajar una estatua mía, tal como me ves y la coloques encima de la Silla de la Prelada, para desde allí gobernar mi monasterio [...] para que entiendan los mortales que yo soy poderosa para aplacar la Justicia Divina, alcanzar piedad y perdón a toda alma pecadora que acuda a mí con corazón contrito, porque soy la Madre de Misericordia y en mí no hay sino bondad y amor”.

En los años siguientes, la religiosa sufrió un terrible calvario. Sólo el 5 de febrero de 1610 se pudo contratar al escultor designado por Nuestra Señora.

Don Francisco de la Cruz del Castillo, español de noble linaje, vivía en Quito con su esposa y tres hijos. Recibió el encargo de su Reina como un regalo del Cielo. Casi un año después señaló que la imagen estaba prácticamente lista y que apenas faltaban pequeños retoques en la pintura, para lo cual fue a procurar los mejores tintes. El día 16 de enero de 1611 regresó al convento con el deseo de concluir su obra, pero...

San Francisco de Asís y los tres arcángeles concluyen la imagen

En la madrugada de aquel día, cuando las religiosas se dirigieron al coro para rezar el oficio, lo encontraron iluminado por una luz sobrenatural y oyeron voces angélicas que cantaban el *Salve Sancta Parens*.

De la imagen aún inacabada salían rayos vivísimos. La pintura base aplicada por Del Castillo caía al suelo junto con fragmentos de madera, los trazos de la imagen se volvían más suaves y su fisonomía más celestial. Pero solamente la madre Mariana veía como, a pedido de San Francisco, los tres arcángeles —Miguel, Gabriel y Rafael— completaban la obra *“mientras la Reina de los ángeles y de los hombres se acercó a la imagen y penetró en ella, como los rayos del sol penetran por hermosos cristales. En ese momento la sagrada imagen cobró vida y cantó con celestial armonía el Magnificat”.*